

siempre la fuerza, y engendra la servidumbre; se desechan las leyes selladas y autorizadas con el nombre de Dios. ¿No se ha oído la risa del desprecio y del sarcasmo cuando en el palacio de las leyes se ha pronunciado este nombre sacrosanto?

El mundo lo ha recibido todo del Catolicismo; el progreso de las artes, de las ciencias, de la legislación, la civilización, en una palabra, y sin embargo, el mundo lo niega todo al Catolicismo. Vete, se le dice; sal de nosotros; nos quedamos con lo tuyo, nos quedamos con tus grandezas que nos has comunicado. Tú vete en la desnudez, no nos haces falta. Repito, Señores, lo que antes he dicho; no exajero. Si leéis por desgracia á Voltaire, á Kant, á Proudhon y á sus afiliados y plagia-rios, allí lo vereis. Para lograr el intento se le denigra, se le calumnia, se le cubre de baldon, se le ridiculiza, se rechaza su acción, se le estrecha en un círculo mezquino, se le condena á la inacción y á la impotencia, despojando á la Iglesia de todos sus derechos y de todos sus recursos. Ni en la región de las ideas, ni en la de los preceptos, ni en la de las ciencias, ni en el orden de la sociedad se le deja entrar. Todo se declara libre de su inspiración, independiente de su inspección y de su autoridad. Al menos se le dejará libre en su último recinto, en el templo, en el culto y en las conciencias. Se le dice, es verdad, que viva allí; pero ni allí se le quiere. ¿No se han hecho y se hacen esfuerzos para legalizar y entronizar la herejía y el cisma, á fin de desterrarle, si posible fuera? A él se le pide todo, y todo se le niega; nada se le consiente, y se quiere que lo consienta todo, que lo perdone todo, que cuando menos transija siempre y lo autorice todo.

¿De dónde esto, Señores? Escuchad á Lamennais: «Saben que la ley evangélica es santa, y esta es la cau-

sa por que les es gravosa; les inquieta, les atormenta, no pueden soportar su perfección, su luz que los deslumbra, su santidad que los humilla. Siempre en contradicción consigo mismos, hablan de razón y de virtud, y al mismo tiempo echan de menos la corrupción y las tinieblas del paganismo; sus solemnidades voluptuosas les agradan; es el crimen lo que buscan en el error. No perdonan la más mínima debilidad en los cristianos; se admiran de que, creyendo una religión tan pura y tan hermosa, sean todavía hombres. Si se les dice: practicadla vosotros y lo vereis; responden que es impracticable. Así es que si se les escucha, tan pronto no la quieren, y no la practican porque no pueden creer, y tan pronto no creen, porque no la pueden practicar. De este modo podrán evadirse y quedar á cubierto de los hombres, pero no de Dios. Él no ha dado en vano sus preceptos, y si el impío es libre en este mundo para violar esos preceptos, hay otro lugar donde, quiera ó no quiera, obedecerá (1).

Os he presentado, hermanos, un cuadro triste y desconsolador; pero no lo es, sino porque es exacto. La sociedad, al verse grande, al contemplar el vasto horizonte de su imperio, se ha llenado de orgullo, se ha creído dueña de todo, y como el ángel rebelde en el cielo, y como el primer hombre en el paraíso, no quiere reconocer la soberanía de Dios, y repitiendo el fatal *non serviam*, proclama la independencia absoluta de la razón humana. Esa revolución la inició el protestantismo, la desarrolló la filosofía del último siglo, y se afana por llevarla á su término la del siglo actual. ¿Qué fruto darán esas doctrinas si llegan á dominar en la sociedad? El que han producido siempre y están produciendo en los

(1) Lamennais, *Ensayo sobre la indiferencia*, p. 1, cap. 36. *Beneficios del Cristianismo*.

individuos y en los pueblos que se alimentan de su sávia venenosa. El que siembra en carne, no recoje sino corrupcion, dice San Pablo (1); y esas doctrinas tienden á la sensualidad, al predominio de la materia sobre el espíritu. El que siembra vientos, cosecha tempestades, añade Oseas (2); y esas doctrinas no siembran en el individuo y en la sociedad sino el orgullo que hincha, enemigo de la paz y origen de revoluciones. Sembrando egoismo, no se coje fraternidad, sino fratricidio; el egoismo es esencialmente fratricida, y esas doctrinas divinizan el egoismo, proclamando la adoracion del *yo*. Todo se quiere de creacion propia; Dios, la religion, la ley. Yo veo á la sociedad moderna retratada en el pueblo hebreo, alimentado en el desierto con el maná del cielo, y que despreciándolo, pedia á voz en grito volver á la esclavitud y al vil manjar que tenia en Egipto (3). ¡Ay de la sociedad en su retroceso! ¡Ay de ella al separarse de Jesucristo! Cuando este se marcha, deja tras de sí el vacío, la corrupcion y la miseria (4).

Cuando la sociedad le ha gritado: *Recede à nobis, scientiam viarum tuarum nolumus* (5); retírate, no queremos la ciencia de tus caminos, Jesucristo, retirándose, lleva consigo como un sol á sus satélites todos los medios de felicidad que habia traído al hombre. La fe, la esperanza, la caridad con Dios y con los hombres, la obediencia, la castidad, el espíritu de abnegacion y sacrificio, las virtudes todas del individuo y de la sociedad; y en medio de ese vacío se levantan espectros mil, que se

(1) Gal. VI, 8.

(2) Oseæ VIII, 7.

(3) Num. XI, 5.

(4) Lamennais, *Ensayo*.

(5) Job. XXI, 14.

suceden unos á otros. La desmoralizacion, el fraude, el pauperismo, la revolucion, la anarquía, proclamándose soberanos, y pidiendo un servicio, un homenaje, que se les dijo les era debido de derecho. ¿No es esto lo que vemos en toda sociedad separada del Catolicismo? ¿Quién reina en el individuo, en la familia y en la sociedad, hambrientos todos de libertad, de riquezas y de goces, y no levantando el espíritu más allá de la atmósfera de los sentidos? ¿No es el egoismo? De todos los poros del cuerpo social sale una voz que dice: egoismo; emancipacion religiosa; derechos del hombre; soberanía de la razon. Hé aquí el origen del mal estar social, de la agitacion y desbordamiento de las pasiones, de la ruina del individuo y de la sociedad.

En vano se entregarán los llamados filósofos á la discusion de cuanto se les presente capaz de llenar el inmenso vacío, y de apagar la insaciable sed que les devora; en vano la filosofía y la política inventarán y multiplicarán los sistemas de soñada regeneracion. Obra del hombre, llevarán el sello de la debilidad, de la impotencia y de la muerte. Hijos del egoismo y del orgullo, no engendrarán sino division y desórden. Mientras el corazon esté enfermo, la sangre de las arterias llevará la enfermedad á todos los miembros del cuerpo, y nada será capaz de detener el movimiento de decadencia y disolucion que se hace sentir tan dolorosamente. El egoismo y el poder de la materia dominarán al espíritu debilitado. Los progresos de las ciencias humanas no derramarán la luz sobre el destino del hombre. La filosofía no dará satisfaccion á las grandes necesidades del espíritu y del corazon, ni le conducirá á donde solo puede llevarle la fe con la caridad. La política, fundada en la dominacion del hombre sobre el hombre, nunca llegará á la verdadera y noble libertad. El desarrollo de la riqueza material no

será sino el signo de la pobreza moral, y por efecto de una de esas leyes eternas que rijen el mundo moral, la sociedad oscilará entre los excesos del poder y los excesos de la libertad licenciosa.

Y bien, hermanos, ¿dónde está el remedio? En Dios, en Jesucristo, en el Catolicismo. A él debemos volver sinceramente para recobrar la paz y la felicidad.

SEGUNDA PARTE.

Si el aislamiento del hombre y de la sociedad, reducidos á sí mismos al separarse de Jesucristo, es el principio de sus males, el retorno á Dios y á su Religion será el principio de su curacion y de su felicidad. Es un hecho que acredita toda la historia. Y notad, Señores, que Jesucristo no espera á que se le busque. Pastor amante de la oveja que se aleja de su redil, y padre que se desvela por sus hijos, sale á su encuentro y les dice por el Profeta: Venid á mí, escuchadme y vivirá vuestra alma, y haré con vosotros un pacto estable con misericordia firme y eterna (1).

Recordad lo que al principio os dije de la fiesta de los Tabernáculos, á la que Jesucristo asistió ocultamente. Cuando llegó el último día de ella, dice San Juan, se puso de pié en medio del pueblo, y exclamó, levantando la voz para hacerse oír de todos: «Si alguno está sediento, venga á mí y beba. El que crea en mí, verá cumpli-

(1) Isai. LV, 3.

do lo que dice la Escritura: de su seno brotarán rios de agua viva (1). Esto que dijo entonces á los judíos, lo dice en todo tiempo á todos los pueblos que, en medio del festín de su pretendida grandeza, sienten el mal estar y la angustia del desórden, y se lanzan, arrastrados por sus insaciables deseos, al abismo de la corrupcion y de las revoluciones. Jesucristo, que no quiere abandonar su obra, y ha prometido estar con nosotros hasta la consumacion de los siglos (2), la penetra por do quiera, y valiéndose de los mismos medios con que ella quiere alejarse de él, la dirige, la gobierna, y se le descubre cuando menos lo espera. Dios, hermanos míos, es la pesadilla del impío; la Religion es el fantasma, el espectro que persigue á la sociedad prevaricadora; y el mismo afán con que se repite: «No hay Dios, no queremos Religion,» es, dice Lacordaire, el gran argumento que prueba su existencia, su presencia, su influjo, y la imposibilidad de desterrarle totalmente (3).

Pero no todos los que se alejan de Dios le aborrecen. Hay muchos, la mayor parte, que conocen la necesidad que tienen de él y de la Religion; pero como los israelitas en otro tiempo quisieran amalgamar el culto de Dios con el de Baál (4), el Catolicismo con las pasiones, é inventan un cristianismo acomodaticio, un cristianismo sentimental, al que nada responda en la esfera de la inteligencia subordinada á la fe, y de los sentidos sometidos á la ley y á la mortificacion de las pasiones; un cristianismo que se someta á su razon, á su interés y á su política. Empresa inútil y ridícula. No es del hombre

(1) Joann. VII, 38.

(2) Matth. XXVIII, 20.

(3) Lacordaire, *Conferencia* 26.

(4) III Reg. XVIII, 21.

reformular la obra de Dios, y no es posible, dice el Apóstol, enlazar á Cristo con Belial, ni la luz de la fe con las tinieblas de la razon entregada á sí misma (1). La ignorancia en materia de religion, más comun y general de lo que se cree por el sistema actual de educacion, es tambien en otros causa de la indiferencia, de la incredulidad y de la separacion de Jesucristo; y este se complace de la sociedad, víctima de esta ignorancia, y le sale al encuentro extendiendo sus manos y haciendo oír su voz, dice Isaías, á un pueblo que no cree, y porque no cree, le contradice (2). La Iglesia Católica llama tambien en nombre de Jesucristo, multiplicando sus esfuerzos para atraer á los que se desvian, y comunicarles las aguas de vida eterna que en ella depositára su divino Fundador.

Permitidme citaros otro hecho evangélico. Dos discípulos de Jesucristo, que imbuidos en la falsa creencia comun entre los judios, de que el Mesías habia de ser un rey temporal, que devolviese su grandeza al pueblo de Israel, viendo que no se cumplia lo esperado al tercer dia de la crucifixion y muerte del Salvador, marchaban tristes á su aldea de Emaús. Jesus, en traje de peregrino, se acerca á ellos para detenerlos en su alejamiento de Jerusalem, y librarles de la angustia y tristeza que se habia apoderado de sus corazones. Para ello les pregunta la causa de su tristeza, reprende su incredulidad, y les explica, dice San Lucas, todo cuanto de él habian dicho los Profetas, empezando por Moisés (3). Lo que hizo Jesus con aquellos hombres, es lo que hace la Iglesia en todo tiempo, y lo que como ministro suyo he hecho yo

(1) Isai. LXV, 1.

(2) Rom. X, 20, 21.

(3) Luc. XXIV.

en estos dias. Os he explicado el plan del Catolicismo, presentándoos al hombre en su creacion y en su caida, en sus esperanzas y en su regeneracion, presentándoos á Jesucristo que le renueva con su gracia y con sus Sacramentos, y á la religion divina, que regenera y da el orden, la paz y la felicidad á los pueblos. Tal es la conducta de Dios y de su Iglesia. ¿Cuál debe ser la del individuo y de la sociedad, poseidos de la inquietud, de la turbacion y la tristeza? La de los discípulos de Emaús.

Al llegar á su aldea, obligaron á Jesucristo, aunque no le conocieron, á quedarse con ellos, porque les encantaba su palabra y encendia llama ardorosa en sus corazones. *Mane nobiscum, Domine*, le dijeron (1). Dichoso el hombre, feliz el pueblo que, oyendo la palabra católica, dice tambien: «Quédate, Señor, con nosotros.» Dichoso, Señores, porque si Jesucristo permanece en él con su doctrina y sus Sacramentos, le conocerá en la fraccion del pan, como le conocieron aquellos. Es decir, conocerá la divinidad de la Religion en las bendiciones que alcanzará por ella, en la reforma de las costumbres, y en la fraccion del pan; esto es, en la caridad, que todo lo sacrifica por el bien de todos, y en los beneficios de orden, de paz y de armonía que esto le producirá infaliblemente. Por ello decia Jesucristo en la fiesta de los Tabernáculos: «Mi doctrina no es mia, es decir, no es de un puro hombre como vosotros me creéis, es del que me ha enviado, es de Dios. El que se decida á hacer la voluntad de mi Padre observando esta doctrina, conocerá por experiencia que es de Dios, y como tal eficaz para el bien y la perfeccion (2).» La Religion es la palabra de Dios, la vida de Dios co-

(1) Luc. XXIV, 29.

(2) Joann. VII, 16, 17.

municada al hombre, y la eficacia de su acción es infalible: sentirá el mundo su influencia, y se verá renovado en su espíritu por el espíritu de Dios (1).

Continuemos la aplicación del hecho de Emaús. Aquellos hombres, dice el Evangelio, en cuanto conocieron á Jesucristo, que desapareció de repente, se levantaron y volvieron á Jerusalem, contando á los Apóstoles lo que les había sucedido; se unieron á ellos, y recobraron la alegría y la paz que perdieron al dejar aquella compañía (2). Allí de nuevo se les aparece Jesucristo como á los demás, y les dice: «La paz sea con vosotros.» (3) Hé aquí, Señores, el único remedio á nuestros males, el único medio de recobrar la paz y la felicidad; el retorno sincero y pronto á la Religión, porque ella es la única que puede darla como Jesucristo.

La felicidad, os he dicho otras veces, es la paz, el orden, la armonía de las partes enlazadas entre sí y en sus relaciones con el todo; esta no existe entre el hombre y el hombre, si no existe entre el hombre y Dios; no existe en la sociedad, si no está formada sobre el modelo de la sociedad divina de la Trinidad augusta, sobre el modelo de la sociedad del Padre con Jesucristo, sobre el modelo, en fin, de la sociedad de Jesucristo con los hombres por la Iglesia. La sociedad necesita un lazo formado por la unidad de ideas, de sentimientos y de acciones, y este solo se encuentra en el Catolicismo. Necesita de la caridad, que hace hermanos á los hombres y mata el egoísmo, que mueve al rico á alargar su mano abriendo su corazón al pobre, y á este á devolverle el amor y la bendición, que une las voluntades, perdona las ofensas,

(1) Psalm. CIII, 30.

(2) Luc. XXIV, 33.

(3) Joann. XX, 19.

inspira el sacrificio, y lleva el remedio posible á todos los males. La fuente de la caridad solo la posee el Catolicismo.

Este enseña al hombre sus derechos y sus deberes, sin exajerar los unos para deprimir los otros, y divinizando la autoridad, ennoblece y santifica la obediencia. Él dirige las costumbres, y con la humildad hace iguales á los hombres, y con la castidad los hace santos. Él, fijando en la fe una base sólida é indestructible, y haciendo de ella un centro sublime y divino, convida al hombre á apoyarse en ella para levantar el grande edificio de su progreso intelectual y moral, sin que sea oprimido por la enorme pesadumbre de la materia. Él, en fin, haciendo al hombre hijo de Dios, y á la sociedad pueblo de Dios, dando á todos un mismo padre, una misma esperanza, un mismo amor y una misma herencia, hace de los hombres una sola familia, que estrechada con lazo divino, marcha á su término con paso firme y seguro. Esta es la obra del Catolicismo; sus mismos enemigos, cuyos testimonios he invocado más de una vez, lo han confesado y hacen la apología de la Religión, que se propusieron destruir con sus doctrinas. Otros, después de ellos, lo han confesado también, y han proclamado el retorno á la Religión como la primera necesidad del siglo presente. Es que la historia y la experiencia hacen conocer que ella sola puede salvar al individuo y á la sociedad. Escuchad á algunos de ellos.

«Mientras que el paganismo no ha podido sufrir ni un momento el exámen de la razón, el Cristianismo subsiste después que Descartes ha sentado el fundamento de la certeza, después que Galileo ha descubierto el movimiento de la tierra, y Newton la ley de la atracción; después que Voltaire y Rousseau han derrocado los tronos; y toda política sabia, sin juzgar sus dogmas, que

no tienen mas juez que la fe, desea que subsista y se perpetúe. Hablad, pues, al pueblo como habla la Religion.» (1) Es Thiers quien esto dice. Dumas tambien, al par que desea el progreso de la instruccion y de la educacion científica, añade que «no debe descuidarse el desarrollar y fijar en las almas el sentimiento religioso profundo, y ese sentido moral, recto y elevado, que inspira el deseo del bien, porque la perfeccion moral es el mas bello adorno del alma sobre la tierra.» (2) Oigamos á otro de los filósofos modernos, Mr. Cousin. «No titubeemos en decirlo: sin la Religion, la filosofía, reducida á lo que puede sacar con gran trabajo de la razon natural perfeccionada, se dirige á un número bien corto de personas, y corre mucho riesgo de quedar sin eficacia sobre las costumbres y sobre la vida; la alianza, pues, de ambas, es natural y necesaria: natural, por el fondo mismo de las verdades que ambas reconocen; necesaria, para el mejor servicio de la humanidad.» (3) Concluamos estos testimonios con el de otro hombre célebre en nuestros dias, Mr. Guizot. «¿Cuál es, dice, en el fondo y religiosamente hablando, la gran cuestion, la cuestion suprema que actualmente preocupa los espíritus? Es la cuestion puesta entre los que reconocen y los que niegan un orden sobrenatural, cierto y soberano, aunque impenetrable á la razon humana: la cuestion, llamando las cosas por su nombre, entre el sobrenaturalismo y el racionalismo. De una parte los incrédulos, los panteistas, los escépticos de toda clase, los puros racionalistas; de otra parte los cristianos. Entre los primeros, los mejores dejan subsistir en el mundo y en el alma humana la es-

(1) Thiers, *De la propiedad*.

(2) Dumas, *Discurso para el ingreso de las Facultades de Lyon*.

(3) Cousin, *De lo verdadero, lo bueno y lo bello*.

tátua de Dios, si se me permite esa frase, pero la estatua solamente, una imágen, un mármol; el verdadero Dios no está allí. Los cristianos son los únicos que tienen al Dios vivo, y este Dios es el que necesitamos. Es necesario para nuestra salud, para nuestra felicidad presente y futura, que la fe en el orden sobrenatural, que el respeto y sumision al mismo orden vuelvan á entrar en el mundo y en el alma humana, en los grandes espíritus y en los sencillos, en las regiones mas elevadas como en las mas humildes.» (1)

Así hablan, Señores, hombres que por cierto no tienen la nota de fanáticos y preocupados, pero que no pueden menos de rendir homenaje á la verdad, que la historia y la propia experiencia les enseñan, y que por lo pasado y lo presente juzgan del porvenir. Ellos saben que la Religion hará siempre lo que ha hecho hasta ahora. Vuelva, pues, la sociedad al Catolicismo, vuelvan á él el individuo y la familia, y si el mundo se hace sinceramente cristiano, la marcha ascendente de la civilizacion verdadera hija de aquel, le llevará á su glorioso destino. Si desaparece la division que aleja de Dios, el espíritu de caridad preparará la paz, la felicidad, y la unidad prometida por el Hombre-Dios (2), y no se verá ese escandaloso divorcio de la fe y de la ciencia, de la Religion y de la filosofía, y de las sectas y partidos que rompen la unidad religiosa y la unidad social. La caridad se traducirá en las leyes para mejorar la suerte de los que sufren; la ciencia y la industria marcharán adelante en el camino de sus conquistas, sin ofender la pureza del alma humana; el orden tendrá en el respeto á la

(1) Guizot, *Meditaciones y estudios morales*.

(2) Joann. XVII, 11; 22.